

EL SISTEMA

BASES PARA EL DESARROLLO
DE UNA GENUINA CONCIENCIA ECOLÓGICA

por

Pablo Gonz



INDICE

1. A modo de introducción.....	3
2. La disyuntiva natural.....	4
3. Ecología y política.....	6
4. La ecología como suma de ecologías individuales.....	8
5. La ciudad: estrella del sistema.....	10
6. ¿Qué es el sistema?.....	12
7. Alienamiento y soluciones paliativas.....	13
8. La televisión.....	14
9. El sistema y sus partes.....	15
10. El subsistema económico.....	16
11. Economía y sociedad.....	17
12. Economía y espíritu.....	18
13. La vorágine económica: un ejemplo.....	19
14. Virtudes de la pequeña economía.....	21
15. El subsistema sociopolítico.....	23
16. El origen del poder.....	25
17. Crítica de las grandes democracias.....	26
18. Teoría del cambio moral.....	27
19. El subsistema ideológico.....	28
20. Animismo y religión.....	30
21. Cultura y verdad.....	32
22. A modo de resumen.....	34

1. A modo de introducción

El hombre es materia espiritual pero desde antiguo se ha insistido en verle como un ser dividido. La separación interna del hombre en «cuerpo» y «alma» permite la jerarquización de ambos elementos y repercute de forma negativa en la relación que los hombres establecen con el medio ambiente. La verdadera revolución ecologista no será una revolución política sino una *evolución moral*: viviremos en paz con nuestro entorno cuando vivamos en paz con nosotros mismos.

Hoy en día, la insatisfacción es algo muy común. «El mundo está mal», se dice. «El calentamiento global tendrá repercusiones desastrosas en todos los órdenes». Se habla de cifras aterradoras sobre el número de pobres a escala mundial, sobre las dificultades de acceso al agua potable, sobre el desempleo, la violencia, la xenofobia, el renacimiento de los fascismos... Cohabitamos con el horror y ante él reaccionamos con indiferencia o sufrimiento. ¿Son los indiferentes más insensibles? No necesariamente. ¿Son más responsables? Todos somos responsables porque *todos somos el sistema*. El mundo puede mejorar y los artífices de esa mejora seremos nosotros mismos. Dejemos de lado el fatalismo y aprendamos a ser pacientes y críticos. Ya nadie nos pregunta: «¿qué quieres ser de mayor?», porque ya somos la respuesta concreta a esa pregunta. Es el momento de comprender que nuestros actos individuales componen la historia de la especie humana. Podemos escribirla a nuestro antojo, si entendemos que la sociedad es un organismo complejo y que, por tanto, cualquier pequeña mutación que se opere en ella repercute por necesidad en el conjunto. Cada hombre es incapaz de cambiar *todo el mundo* pero perfectamente capaz de cambiar *parte del mundo*.

2. La disyuntiva natural

A lo largo de la historia, se ha extendido entre nosotros la idea de nuestra radical diferencia respecto al entorno: somos capaces de construir cosas, transformar hábitats, comunicarnos a grandes distancias, etcétera. Todo ello nos ha despegado progresivamente del medio y nos ha llevado, por fin, a vernos como visitantes o huéspedes transitorios del planeta. Tal idea no es correcta. El hombre evolucionó en la Tierra a partir de especies terrestres y es, por tanto, tan natural como cualquier otro ser. También son perfectamente naturales sus productos pues están realizados a partir de sustancias naturales (no hay otras). Esta forma de vernos a nosotros mismos (esta antropología) es básica en el desarrollo de una genuina conciencia ecológica. Formamos parte del sistema natural. Y así, cualquier alteración que introduzcamos en él repercutirá de modo necesario en nosotros.

Desde épocas remotas, los hombres hemos transformado el mundo en beneficio propio. Nuestras herramientas de piedra eran más duras que nuestras manos y así logramos romper cosas que de otro modo no habiéramos podido romper. Nuestras lanzas de madera eran más agudas y fuertes que nuestros dientes, y así logramos perforar cosas que de otro modo no habiéramos podido perforar. Con el uso del vestido y el fuego, tuvimos al alcance de nuestro pie la mayor parte del planeta y supimos convertir a las demás especies en los «frutos de la tierra». Luego, comenzamos a producir alimentos para lo que hubo que talar bosques y construir cercados, además de una casa donde guardar la cosecha y descansar. Y más tarde, aprendimos a manejar los metales, inventamos la industrialización, las ciudades... Esta evolución técnica ha ido introduciendo en la naturaleza un creciente desorden al que vulgarmente llamamos contaminación.

Hoy se nos hace evidente que nuestro impacto como especie adquiere dimensiones planetarias. Y, en justa reciprocidad, la naturaleza reacciona. Lo hace y lo hará ciegamente, sin descanso y sin escrúpulo. ¿Podemos sobreponernos a algo así? Para vivir en la Tierra, los hombres deben comprender que son fruto de ella y que jamás lograrán dominarla.

Por los días en que escribo estas páginas (febrero del 2007) hemos venido a saber que la actividad humana (sobre todo la industrial) es responsable (con un 90% de probabilidad) del Calentamiento Global del planeta. La Tierra tiene fiebre. Y con ello nos arroja sobre la disyuntiva natural: ¿seguir adelante (persistir en darle prioridad a nuestro instinto de innovación) o detenernos (recordar que poseemos también un instinto de conservación)? ¿Podemos ir a otro lugar, terrificar Marte, construir colonias espaciales, expandirnos por la galaxia? Con la técnica actual no. Por tanto, debemos corregir nuestro modo de habitar la Tierra.

3. Ecología y política

Los políticos son representantes elegidos y pagados por el pueblo para que gestionen, como mejor consideren, algo que pertenece al pueblo: el poder. Son empleados técnicos pero se han arrogado un papel dominante en la sociedad, convirtiéndose en señores de sus señores. Si un ciudadano cualquiera pretende comunicarle algo al político, no lo logrará con facilidad. Si lo llama a consultas, jamás recibirá su visita. Si lo llama por teléfono, no contestará. Si trata de visitarlo, en el ayuntamiento o parlamento, no será recibido —otros empleados públicos (los policías) se encargarán de impedirselo—. Si le envía una carta, no obtendrá respuesta. El político sólo entra en contacto con sus legítimos señores una vez cada cuatro años, cuando sale a la caza de votos. Entonces sonríe y se muestra amable con ellos, quizás accesible al extremo de estrechar rápidamente sus manos. Tras la segunda sonrisa, la del triunfador electoral, el político regresa a su puesto y persiste en el mantenimiento del sistema. Es el pago de la deuda que en su momento contrajo con quienes financiaron su campaña electoral: los grandes industriales, los grandes comerciantes, los grandes medios de comunicación. ¿Podemos esperar, por tanto, que sean los políticos quienes comanden la *evolución ecológica* que tan necesaria se nos hace? No. Y entonces, ¿por qué seguimos delegando el poder en ellos? La respuesta es: porque, según el actual modelo de sociedad, no nos queda más remedio. La política es una técnica compleja. Requiere conocer bien las leyes y sus mecanismos de aplicación, organizar comisiones de expertos, atender a la situación internacional... ¿Seríamos capaces cada uno de nosotros (millones de ciudadanos de cada nación) de llegar a dominar la técnica política? Y en el improbable caso de que lo lográramos, ¿podríamos ponernos de acuerdo varias veces al día sobre temas diversos?, ¿de

dónde sacaríamos el tiempo para hacerlo?, ¿cómo nos comunicaríamos unos con otros? Los políticos son imprescindibles en el marco de sociedades gigantescas, basadas en la especialización de la producción y en el flujo de capitales, ese tipo de sociedades que nos han conducido adonde ahora estamos. Fuera de ellas, no sirven para nada. ¿Es de esperar entonces que contribuyan a su fin? No. Y en tal caso, ¿quién podrá ayudarnos a detener este sistema lanzado a la destrucción del planeta? Nadie salvo nosotros mismos. La superación de este modelo de sociedad depende de la adopción de un nuevo modo de comportarse (una nueva moral) y ello es decisión única de cada individuo.

4. La ecología como suma de ecologías individuales

Todos nosotros somos los causantes de la actual crisis ecológica. Cualquiera de nuestros actos contribuye al éxito del sistema por lo que si pretendemos detenerlo, debemos analizarlos con espíritu crítico y modificarlos en el sentido que nos parezca más razonable. Por ejemplo, si alguien compra dos periódicos y su vecino también, ambos pueden acordar que cada uno compre sólo uno e intercambiarlos. Esto ya constituirá un paso en la dirección correcta; el siguiente será darse cuenta de que todos los periódicos dicen lo mismo; y el último, comprender que los periódicos sirven principalmente al sistema y que, por tanto, lo más razonable es «no comprar periódicos». Pero, ¿no resulta incómodo tener que ponerse de acuerdo con un vecino para intercambiar los periódicos? Quizás sí pero esta pequeña renuncia deparará algunos *beneficios inesperados* como «conversar un rato», «subir y bajar unos cuantos tramos de escalera», «ahorrar espacio en el contenedor de papel»... Por otro lado, significará una reducción en la producción de periódicos. La gran arma ecológica de los individuos frente al sistema es el manejo del consumo. Debemos partir prescindiendo de lo superfluo (de todo aquello que no supere con éxito la pregunta: «¿necesito verdaderamente esto?») y continuar redefiniendo nuestra relación con los productos de primera necesidad (aquellos a los que obviamente no podemos renunciar). Si dejamos de comprar un producto de primera necesidad, debemos conseguirlo de otro modo: por ejemplo, produciéndolo. Del mismo modo que en su día delegamos el poder en manos de los políticos, así, con la industrialización, cedimos y cedemos cada día la capacidad de producir nuestros propios bienes: manufacturas, alimentos y vestidos. Trabajamos para obtener dinero con el que comprar ciertos insumos pero también podríamos trabajar para producirlos por nosotros mismos. Nos

será necesario desarrollar la creatividad y la habilidad (otras dos grandes provincias cedidas al sistema).

5. La ciudad: estrella del sistema

La ciudad es causa y consecuencia de un modo de vida basado en la especialización productiva. Dicho de otro modo, ciudad, industria y comercio van de la mano pues a la hora de establecer una fábrica o una tienda son precisos varios elementos que sólo se encuentran en aquélla: fácil acceso a la mano de obra y fácil acceso a los mercados. La ciudad necesita gente para emplearla como instrumento de producción y como instrumento de consumo. Es una enorme máquina de crear y destruir. Si se la observara desde fuera, sin mayores antecedentes, se vería entrar materia prima y salir basura. ¿Y con qué fin? Para que cinco millones de personas vivan hacinadas.

Si observamos con detenimiento a los habitantes de una ciudad, nos daremos cuenta enseguida de que su calidad de vida no es tan alta como se pregona. Un empleado cualquiera (lo mismo que su empleador) debe levantarse temprano (siempre a la misma hora), aunque la noche anterior no haya dormido bien. Acto seguido, se duchará por necesidad, ya que la cercanía permanente de los otros le obligará a ello; y preparará el desayuno, en el que no puede faltar el estimulante café. Luego, se vestirá con corrección (es decir, con ropas industriales y a juego) y más tarde, llevará a sus hijos al colegio (los entregará a la custodia de unos especialistas en hacer de esos niños perfectos ciudadanos —empleadores o empleados— que en su día ocuparán sus respectivos puestos en el sistema y contribuirán a su crecimiento). Ya se dirige nuestro hombre a su trabajo (por hacinadas vías de circulación), ya aparca su coche (hoy tuvo suerte) y ya se dispone a invertir todas sus energías para que el sistema siga funcionando y creciendo. Ocho horas después (con un rato para comer), el ciudadano modelo abandona su puesto en la máquina, recoge a sus hijos, los lleva a casa, les da de

cenar algo congelado, los acuesta y se sienta a ver la televisión hasta que el sueño le vence.

Así se produce y se reproduce a diario el alienamiento humano, el triunfo de la homogeneidad, el sacrificio de las personas en aras del sistema, su renuncia programada al tiempo, al espacio, al sueño, a la calma y a la familia. Y todo a cambio de dinero: dinero para pagar una casa (que no será suya hasta que cumpla cincuenta años), dinero para pagar la luz (que necesita porque se levanta antes del alba y se acuesta mucho después del ocaso), dinero para sostener a aquellas instituciones (colegios y universidades) que se encargan de deformar a sus hijos hasta hacer de ellos piezas útiles al sistema, dinero para comprar comida (junto a su casa no hay un huerto sino una dura calle), dinero para comprar ropa (aunque con la que tiene en el armario podría vestirse durante tres vidas), dinero para pagar el arriendo de otro dinero (aquel préstamo que tomó para pagar el coche), etcétera.

6. ¿Qué es el sistema?

El sistema es un torbellino que se enrolla sobre nosotros envolviéndonos y obnubilándonos. Sin embargo, aún es posible comprenderlo. Basta con dirigir hacia él una mirada crítica, distante o lenta. Prestemos atención a cada uno de nuestros actos y veremos cómo contribuyen al éxito del sistema. Su otra fuente de alimento es la naturaleza. El sistema es todo aquello que separa al hombre concreto de su medio natural concreto: esa sociedad gigantesca, esa cultura inabarcable, ese modo de ver al hombre que lo empuja a sentirse como un huésped en la Tierra. Los gestores espirituales de la cultura (ideólogos y científicos) y sus gestores materiales (industriales y grandes comerciantes), así como los gestores del sistema mismo (políticos y fuerzas del orden) se han interpuesto entre el hombre y el medio natural, arrebatándoles a ambos su derecho a interrelacionarse libremente, y monopolizando el imprescindible contacto que entre uno y otro debe existir. La Tierra ya ha comenzado a protestar por el abuso, la sobreexigencia, la injusticia que significa obtener basura por riqueza. Es el momento de las personas: el minuto de comenzar a recuperar todo aquello que en su día pusimos en manos de representantes y delegados, el momento de reasumir la responsabilidad de nuestras vidas, antes de que el torbellino crezca hasta el colapso y nosotros caigamos en el agujero que deje al hundirse.

7. Alienamiento y soluciones paliativas

En ese camino ciego que conduce a la destrucción de las personas y sus formas naturales de asociarse, se levanta un hito: el alienamiento, esa «enfermedad social», esa protesta involuntaria contra la sobreexigencia. El alienamiento de las personas es, junto con el alienamiento del medio ambiente, el signo más evidente del triste éxito del sistema. Éste se ha antepuesto, por ejemplo, a una de las estructuras sociales que más importancia ha tenido en la historia humana: la familia. Cada día existen más hogares monoparentales, más niños que se crían en dos casas. Cada día hay más tribus urbanas: los más jóvenes, abandonados por sus padres, salen a la calle y comprometen todo su afecto con otros muchachos aquejados de los mismos males.

Son multiformes las reacciones personales al impacto que el sistema ejerce sobre los individuos. Se dan reacciones orgánicas (el cáncer, la alergia, el estrés, la depresión) y reacciones que podríamos calificar de culturales. Contra el alienamiento, la enajenación. Las drogas duras, las drogas blandas y las drogas de todos (café, tabaco, alcohol y televisión) nos permiten «olvidarnos de los problemas» pero sólo de un modo transitorio: ayudan a eliminar la presión pero no eliminan las causas que la producen. Otros mecanismos paliativos clásicos son: asistir a gimnasios y salir de vacaciones. En el primer caso, se intenta equilibrar de algún modo la desproporción que se da entre nuestra actividad mental y corporal. En el segundo caso, se huye transitoriamente del centro del sistema. La ciudad no puede ser el ambiente ideal para las personas si, apenas llegado el viernes por la tarde, todos salen en busca de aire puro, paz y descanso.

8. La televisión

La televisión es una poderosa arma al servicio del sistema. Las cadenas públicas están en manos de los políticos y las privadas en manos de los grandes capitales. Por otro lado, ¿quién se sienta frente a las pantallas? Las personas comunes: los números que forman la base del sistema. Junto a la lamentable programación televisiva, circula la publicidad (razón última de la existencia del medio). Su precio dependerá del *rating* que consiga cada programa; y así se hace comprensible, desde la óptica del sistema, que los programas no presten atención a su contenido sino a su brillo, a su capacidad para deslumbrar a unos cuantos millones de ojos que cada día se apagan más. Los defensores de la televisión arguyen que ésta le proporciona a la gente lo que la gente demanda: basura para la masa embrutecida. De acuerdo, ¿pero de dónde procede esa masa embrutecida? La televisión nos convierte en eso. No es un instrumento de educación en el sentido sano del término (conjunto de tareas conducentes al facilitamiento del desarrollo espiritual y físico de las personas) sino en el sentido perverso del mismo (vehículo de una doctrina conducente a la acomodación del individuo a las necesidades de una superestructura). A diario se arrojan sobre los ojos adormecidos de millones de telespectadores miles de estímulos diferentes que les afectan de un modo u otro. Por eso, es arriesgado exponerse a semejante tormenta de incitaciones, ideas y conductas. Además, la televisión devora nuestro escaso tiempo libre, nos ata a un sillón donde se nos minusvaliza, nos impone silencio en un ámbito donde debería prevalecer el diálogo, nos distrae de los defectos del sistema, nos incita al consumo desaforado, a la contracción de deudas, a la homogeneidad, al alienamiento, a la soledad...

9. El sistema y sus partes

El sistema es susceptible de ser mirado como varios subsistemas que se potencian entre sí. A la imagen de un hombre dividido en cuerpo y alma, corresponden los conceptos de acto material y acto espiritual. De ahí que el subsistema económico y el subsistema ideológico sean partes esenciales del mismo. Otro tanto cabe decir del subsistema sociopolítico, gestor de los dos anteriores en cuanto árbitro de la vida pública.

10. El subsistema económico

La economía de nuestro tiempo consta, según una división tradicional, de tres sectores (el extractivo, el de industrias de transformación y el terciario o de servicios) que se alimentan entre sí pues representan fases de un proceso único: el uso de los bienes materiales que la Tierra nos ofrece. Cuando compramos algo, favorecemos al sector servicios, el cual se apoya en las industrias de transformación, lo que significa un incremento del beneficio para las empresas extractivas. Cada uno de nosotros ocupa el eslabón final de una larga cadena de operaciones cuya repercusión final es el deterioro del planeta. Para atender nuestra demanda de consumo, las compañías mineras horadan las montañas, los agricultores y ganaderos industrializados le ganan espacio a la naturaleza salvaje y los ingenieros forestales destruyen los bosques nativos. Las industrias de transformación y de servicios, por su parte, generan, con el mismo fin, ambientes tan insalubres como las ciudades, con sus autopistas, puertos y aeropuertos, fábricas y barrios de hacinamiento, tendidos eléctricos, antenas de repetición y centros comerciales.

Conformadas en esencia por un empleador y varios empleados, las empresas deben satisfacer las necesidades del sistema: garantizar el flujo de bienes y capitales. «Crecer o morir» es su lema y para darle curso no se detienen ante nada. Cuando a un empresario le va mal, se desprende de sus empleados y cierra. Cuando le va bien, obtiene grandes beneficios que no comparte con ellos. ¿A qué los destina? Generalmente, a crecer (lo que *puede significar* necesitar más empleados) o a aumentar su eficiencia (lo que *normalmente significa* necesitar menos empleados). De este modo, logra multiplicar su potencia extractiva, transformadora o comercial; y sus beneficios siguen creciendo. La vorágine.

11. Economía y sociedad

Los diferentes sectores de la economía se potencian entre sí; y el subsistema económico como tal, en su desaforada necesidad de crecer, toma energía de cuanto le rodea: del medio ambiente (explotación de materias primas) y del ser humano (explotación del trabajo). La creciente exigencia sobre el desempeño laboral de las mujeres, por ejemplo, aumenta la infertilidad (cultural o psicosomática), lo que atentaría contra las bases mismas del sistema de no ser porque éste ha sabido proveerse de trabajadores en las zonas más desfavorecidas del planeta. Por otro lado, la creciente demanda de tiempo de dedicación a la empresa atenta contra la estructura familiar y los tejidos sociales de nivel intermedio. La tan valorada «disponibilidad para viajar» se traduce muchas veces en constantes mudanzas de domicilio que rompen o debilitan los lazos afectivos establecidos con otras personas o en el seno de asociaciones comunales. Así, los empleados se encuentran cada vez más solos y vulnerables, por lo que sus niveles de dependencia respecto a la empresa crecen.

12. Economía y espíritu

Del capital espiritual de los hombres también obtiene el sistema determinadas cuotas de energía. Nuestras ideas y deseos gobiernan nuestras acciones; y esto lo saben muy bien los gestores sociales. El sistema influye, por medio de la publicidad, en la definición de nuestros deseos; y reduce nuestras ideas, nuestras amplísimas ideas humanas, a una serie comprimida de tesis materialistas. En las relaciones interpersonales habitan ciertos *gestos comerciales* que, en muchos casos, llegan a abrumarnos. Presentarse en una fiesta de cumpleaños con las manos vacías suele estar mal visto y no regalarle nada a la madre en el Día de la Madre equivale a no quererla. El sistema emplea en su beneficio la fuerza del amor: una gigantesca energía social que, de tanto ser usada, resulta cada vez más débil.

Las mentalidades humanas se forman de creencias, prejuicios, certezas, deseos, saberes y sueños que componen una visión del mundo (o cosmovisión) que nos condiciona a la hora de tomar decisiones. No hay dos personas iguales pero sí semejanzas sublimes entre ellas y partes en las que todas coinciden. No reconocer esto en el ser humano significa desconocerlo profundamente o tratar de encerrarlo en una visión reduccionista. Somos variopintos y cambiantes, algo que no se acomoda con el concepto preferido por el *establishment*: un conjunto homogéneo de trabajólicos ignorantes. Desde una perspectiva materialista, se destacan los factores comunes a todos los hombres y se obvian sus diferencias para lograr que sean acordes unos con otros, acordes con la ley y acordes con los homogéneos productos industriales.

13. La vorágine económica: un ejemplo

En las páginas precedentes se ha perfilado una imagen del sistema como un ente en apariencia autónomo, que gira y crece expandiéndose: una vorágine que obtiene de su creciente velocidad mayor capacidad de expansión, y de su contacto con aquello que le rodea la energía necesaria para perpetuar su ciclo. Ya está claro que la fuerza del mismo procede de sus componentes últimos. Las personas, con cada uno de sus actos, sostienen al sistema. De ahí que la desactivación del mismo pase por un cambio de *actitud* personal. Gestos tan sencillos como no envolver un regalo o reutilizar un fósforo suponen una mejora medioambiental. En el primer caso, soslayamos la necesidad de un papel; en el segundo, la necesidad de un fósforo. «Pero —se nos dirá—, ¿no son estos actos demasiado diminutos?» En efecto, nuestra vida y la de nuestros vecinos, coterráneos y demás habitantes del planeta, están compuestas de actos diminutos. Mas conviene recordar que todos ellos repercuten sobre las personas circunstantes y el ambiente común que a todos nos acoge. Si ahorro cada día un fósforo, pronto habré ahorrado un caja; y además daré ejemplo. Las buenas ideas poseen la virtud de expandirse.

Para detener la vorágine, debemos empezar analizando nuestros actos cotidianos. Para ello es necesario detenerse sobre ellos y observarlos en su contexto. Por ejemplo, en el acto «escribir estas líneas» intervienen una serie de elementos que por convención designamos como materiales o espirituales. Los primeros serían: el bolígrafo que empleo, el papel sobre el que escribo y las velas que me alumbran. Los elementos espirituales serían: mis motivaciones para escribir y mis deseos de escribir. Para empezar percibo que todos los elementos materiales que uso son de origen industrial, con lo que yo también contribuyo al

éxito del sistema. El plástico del que está hecho este bolígrafo es un derivado del petróleo así que «escribir con este bolígrafo» supone «contribuir al éxito de la industria petrolífera». Pero también significa ayudar a sostener a la industria metalúrgica (el bolígrafo tiene una bolita en la punta) y a la industria química (el bolígrafo usa tinta). Otro tanto cabe decir (con las matizaciones pertinentes) respecto del papel y las velas. Pero el análisis puede ser más profundo. Las materias primas de las que se hicieron estos objetos fueron transportadas desde sus lugares de extracción hasta las fábricas y desde las fábricas hasta los puntos de venta (beneficio para la industria del transporte), en la gestión de todo lo cual intervino (obteniendo su correspondiente beneficio) la industria de las telecomunicaciones, la banca, etcétera.

«Escribir estas líneas» es un acto que contribuye al éxito de la vorágine. Por lo tanto, he de cambiar de actitud. Puedo decidir «no volver a escribir jamás» pero tal cosa atentaría de modo severo contra la fuente de mi subsistencia. Sin embargo, puedo refundir mi acto para poder seguir practicándolo sin que su impacto sea tan grande. Comenzaré a escribir con un lápiz de grafito (la madera se degrada mucho más rápido que el plástico), lo haré de día (para no gastar velas) y pediré papel de desecho en una fotocopiadora.

Quizás nuestras pequeñas contribuciones al detenimiento de la vorágine nos parezcan insignificantes pero no lo son. Si responden a lo razonable, irán a más con el tiempo y serán adoptadas por otros. Todo cambio de tendencia es un hecho minúsculo cargado de futuro.

14. Virtudes de la pequeña economía

La relación que sostenemos con nuestro medio ambiente puede resultar justa o injusta. Si actuamos de modo que el mismo no se resienta por nuestra presencia, la relación será justa. Injusta será en el caso contrario. De un tiempo a esta parte, las crecientes necesidades del hombre han convertido en injusta su relación con el medio ambiente. Somos muchos y nos comportamos como muchísimos. Nuestras necesidades rebasan la frontera de lo básico y se proyectan con furia sobre lo superfluo. Esto podría provocar hambrunas, epidemias, grandes mortandades, migraciones en masa, sorprendentes mutaciones políticas... Si queremos perpetuar nuestra existencia en este planeta, debemos volver a ser justos con él, devolverle tanto como le pedimos y no pagar con residuos por los bienes que nos ofrece. ¿Quién soportaría un diálogo que no se orientase hacia lo justo y no redundase en el equilibrio? Estamos a tiempo de corregir: tratemos de regular nuestro número y nuestra actitud; inventemos economías más pequeñas y menos impactantes, economías materioespirituales que atiendan a las necesidades complejas de los hombres. La *reforma* moral de los hombres (la recuperación de su forma original) pasa por rebajar su faceta material y ahondar su faceta espiritual: tener menos y ser más, tener menos para ser más.

La pequeña economía podría definirse como una economía basada en pequeños grupos humanos capaces de autoproducir alimentos y energía. Sería obviamente más simple y limpia que la actual, al emplear herramientas sencillas y consumir sus productos cerca de su lugar de origen. Pero también permitiría la recuperación de la libertad y la creatividad humanas (delegadas hasta hoy en gestores especialistas). Gracias a la pequeña economía, las familias podrán vivir sin destruir aquello de lo que viven. Es decir, su diálogo con la naturaleza

volvería a ser justo.

Pero la pequeña economía no tiene por qué ceñirse al sector primario (autoproducción de alimentos y energía). Los hombres somos capaces de elaborar infinidad de cosas (sector secundario) y también en este aspecto hemos cedido mucho terreno (si no todo) a los gestores industriales. Producir con nuestras propias manos aquello que necesitamos tiene apreciables ventajas: nos obliga a ejercitar la imaginación y a desarrollar nuestras habilidades manuales, nos proporciona productos de alta calidad y bajo precio que se ajustan perfectamente a nuestro gusto. Ninguno de los gestos que rodean a la autoproducción tiene que ver con el «usar y tirar», modelo ideado por los grandes fabricantes para que la frecuencia de las compras sea cada vez mayor, para que no se juzgue tanto la calidad del producto, para que los materiales utilizados no sean por lo mismo un factor importante, y para que todo ello redunde, al fin y al cabo, en una nueva compra.

Si recuperamos el dominio del sector extractivo y del sector productivo, entonces estamos en condiciones de recuperar el comercio, acaparado por los gestores materiales de la sociedad con la connivencia de la ley y sus ejecutores. Para alguien capaz de producir sus alimentos y otros artículos de primera necesidad, el trueque es un elemento indispensable que acarrea una serie de *beneficios inesperados*: no precisa del dinero, permite dar fácil salida a los excedentes y fomenta el sentido del apoyo mutuo entre los vecinos. Todos estos gestos perjudican al sistema y, por tanto, benefician al medio ambiente y a las personas.

15. El subsistema sociopolítico

El subsistema sociopolítico es una abstracción que representa aquella parte del sistema encargada de gestionar el funcionamiento del sistema mismo: las relaciones materiales y espirituales del hombre con el medio ambiente y las relaciones de los subsistemas económico e ideológico entre sí. Es, por tanto, la piedra angular de este monstruoso edificio, y así se comprende que haya quedado separada de las personas comunes. A cambio de una simple representación, hemos entregado la capacidad de decidir sobre nuestra vida, dando lugar a eso que se llama *el poder*. Es *potente* cualquier acto que signifique la imposición de la voluntad de un hombre sobre la de otro, sin importar los avales o legitimaciones que amparen dicho acto. En nuestra época, la ley es el mecanismo que el poder utiliza para expresarse a gran escala (de ahí su necesidad de ser escrita y su facultad de ser transmitida a distancia). La ley es el instrumento abstracto de la política y el dinero es el instrumento abstracto de la economía. El instrumento abstracto de la ideología es la verdad.

Poder, política y ley se exacerban mutuamente y crecen en torno a las personas de forma vertiginosa, como la economía de gran escala y su forma de expresión social característica: la ciudad. La densidad de señales de tráfico (delegados inanimados de la ley) es abrumadora en las ciudades, algo menor en las carreteras y prácticamente inexistente en los caminos. En los campos no hay señales de tráfico: las personas aún pueden decidir por dónde pasar. Volviendo a la ciudad, veremos que todo está sometido a reglas o leyes: el hacinamiento obliga a planificar hasta el comportamiento motriz de sus habitantes. La ciudad, el producto estrella de un sistema económico basado en la industrialización y el comercio, precisa del orden para funcionar y para lograrlo recurre a la

homogeneización. No somos iguales ante la ley; somos iguales por ley. Poder, política, ley, escritura, ciudad, industria, homogeneidad, comercio, dinero. He aquí la lista de las principales manifestaciones e instrumentos del sistema.

16. El origen del poder

Las primeras civilizaciones —desarrolladoras de las primeras ciudades, las primeras sociedades jerarquizadas, las primeras leyes y las primeras escrituras—, nacieron en zonas agrícolas especialmente fértiles (el valle del Nilo, Mesopotamia, el valle del Indo, la cuenca media del río Amarillo, Mesoamérica y el Altiplano Andino), zonas a partir de las cuales se proyectaron dominando los espacios circundantes. Este proceso de formación y expansión se ha caracterizado siempre por la absorción de excedentes (productivos y sociales) y su utilización en la perpetuación creciente del mecanismo. Si un grupo humano logra imponer su voluntad a otro, obtendrá de ello una energía suplementaria que, bien invertida, le servirá para imponerse a un tercer y a un cuarto grupo. Sin embargo, los miembros del quinto grupo ya habrán creado, por precaución, una sociedad defensiva con los grupos sexto, séptimo y octavo. Antes de esta asociación, el poder se expandía; en virtud de ella, ha sido recreado. Puede empezar la competencia en la cual será decisiva la coordinación individual de esfuerzos (en lo material, lo espiritual y lo sociopolítico). Antes o después surgen fortalezas que cobijan a grupos de artesanos, se erigen palacios sacerdotales para el acopio de excedentes, se militariza el trabajo agrícola (concentración, racionalización, orden, ley); y así da el sistema sus primeros pasos, tímidos pero brutales.

17. Crítica de las grandes democracias

El sistema político más exitoso de nuestro mundo es la democracia a gran escala. Los ciudadanos delegan temporalmente el poder en la persona de los políticos quienes lo ejercen de acuerdo con una ley de leyes (la constitución) pero que, al estar preocupados en primer lugar de mantenerse en el poder, no atienden con prioridad a las necesidades del pueblo sino a las de las clases poderosas. Esta actitud repercute por necesidad en el *statu quo* o mantenimiento del orden social y en la progresiva exacerbación de la vorágine. La democracia actual, fórmula política de los países desarrollados, trabaja en beneficio del sistema y no de quienes lo sostienen, atiende sólo a las grandes cifras y olvida que detrás de ellas hay personas de carne y hueso. En tales casos, se puede expresar sin pudor que la democracia es la tiranía de los numerosos. Si elección tras elección, una minoría de votantes se ve postergada, terminará por automarginarse. ¿Por qué pesa lo mismo el voto de una familia sin hijos que el de una familia con ocho hijos? O, dicho de otro modo, ¿a los niños no les afectan las decisiones políticas? ¿Por qué los diputados deben guardar fidelidad a su partido en las votaciones? ¿Por qué no se aprovechan las nuevas tecnologías para ampliar la participación ciudadana en la política?

18. Teoría del cambio moral

Para enfrentar directamente a una fuerza tan gigantesca como la representada por el sistema, sería necesario crear una fuerza alternativa, lo que en definitiva no significaría más que recrear el poder. Esto acarrearía graves conflictos con consecuencias inimaginables. Debemos restarle fuerza al sistema por los medios que están a nuestro alcance hoy: reducir nuestra velocidad de forma individual y transmitir nuestra experiencia a otros. Ambos gestos requieren, sin embargo, un cambio de actitud o de costumbres que a muchas personas puede resultar difícil. No imposible. En contra de la visión tradicional, los adultos no estamos terminados. A lo largo de toda nuestra vida, aprendemos cosas y adquirimos experiencias. Podemos sopesar lo que nos digan. Podemos crear. Podemos escuchar y elegir. Somos seres cambiantes y quizás eso sea lo único que no podemos cambiar.

La evolución moral es un cambio de rostro paulatino, de modo que quienes deseen obrar en la línea de lo expresado hasta aquí, deben hacerlo sin sobreexigirse, para que su actuación sea ejemplificante y los resultados duraderos. No son necesarios los héroes. Son necesarias las personas.

19. El subsistema ideológico

En el intento de satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, el hombre se forma de sí mismo y de su entorno una idea que condiciona su actuar en él. Por esta razón, ha sido motivo de disputa, a lo largo de la Historia, el control de los mecanismos que inciden en la formulación de dichas ideas o cosmovisiones. Hablemos, por ejemplo, de la religión. Según la doctrina cristiana, el alma humana (inmortal y de origen divino) habita nuestro cuerpo como un huésped y tras la muerte de éste, regresa a Dios. Ya vimos cómo esta división interna repercute en la imagen ecológica del hombre, pintándolo como un habitante transitorio del planeta. Ahora veremos cómo incide en el modo en que el hombre considera a su entorno. Si concentramos el espíritu en un ente llamado alma, podemos repetir el gesto a mayor escala reuniendo las virtudes espirituales del Universo en un ente llamado Dios (quien se las prestará luego al hombre). Las derivaciones lógicas de estos dos actos mentales son igual de nefastas: el cuerpo no posee nada espiritual y el entorno del hombre es simple materia, el cuerpo debe ser gobernado por el alma y el entorno debe ser gobernado por el hombre.

Por el contrario, una visión holística del ser humano reconoce en él la inextricable unión de lo espiritual y lo material, al tiempo que lo muestra ensamblado de modo íntimo con su entorno (tanto espacial como temporal). Al adoptar esta filosofía, el espíritu humano se siente liberado, deja de ser alma para mezclarse con el cuerpo, y de tal unión nace la idea de disolver la frontera exterior de la persona y proyectar sus facultades espirituales sobre los animales, las plantas y los minerales. Nos damos cuenta entonces de que los primeros actúan por decisión propia (manifiestan sus capacidades espirituales) y en ese momento nos sentimos hermanados con ellos. ¿Podemos decir lo mismo de las

plantas y los minerales? Permítaseme que plantee la pregunta de otro modo: ¿dónde se encuentra el límite entre lo animado y lo inanimado, quién decide «esto es orgánico» y «esto es inorgánico»? El hombre, en su afán clasificadorio, ha interpuesto absurdas fronteras en el grandioso espectáculo de la Naturaleza. ¿No son los hombres agregados de minerales? ¿No es la Química, en definitiva, una rama de la Física?

20. Animismo y religión

Conforme a una visión holística, el hombre animista reconoce que todos los seres, incluido él mismo, poseen una faceta espiritual. Y por esta razón, siente con su entorno una hermandad especial que le empuja a mantener con los elementos que lo componen (otras manifestaciones materiœspirituales) una relación de cariño y respeto. Así se explica, por ejemplo, que los mapuches de Chile le pidan perdón a una mata de menta antes de arrancarle las hojas; o que anden con cuidado, para no dañar a la Tierra. Este tipo de gestos son incompatibles con aquellos a los que nos obliga el sistema. ¿Cómo podría rendir en su trabajo el matarife de una granja avícola si tuviera que pedirle perdón a cada pollo que mata? No, al sistema no le conviene un hombre holístico, integrado, orgánico, animista. Prefiere un hombre dividido en «cuerpo» y «alma», un hombre solo, rodeado de materia inerte (animales sin espíritu, plantas sin espíritu y piedras sin espíritu), que pueda manipular a su entera voluntad, sin respeto ni cariño.

Todas las religiones clásicas (la egipcia, la hindú, la judía, la cristiana y la musulmana), con excepción de aquellas susceptibles de interpretarse como simples modelos de conducta (budismo y taoísmo), han fomentado la división del individuo favoreciendo con ello la existencia del poder. Pero también el poder ha fomentado las religiones porque resulta más fácil secuestrar por separado las responsabilidades de los súbditos. De este plagio nace la jerarquía: momento en que el poder se interpone entre el hombre y la Naturaleza (abstracción de lo material) y entre el hombre y Dios (abstracción del espíritu). A partir de entonces, el diálogo del individuo con su entorno estará mediatizado y será cada vez menos fluido. De la monopolización de la faceta material del hombre surgirá la

economía jerarquizada (terrateniente, capataz, campesino; o gerente, jefe, empleado). Y de la monopolización de su faceta espiritual nacerán la religión (obispo, sacerdote, feligrés) y más tarde la ciencia (doctor, profesor, alumno). Sobre todos estos gestores, agarrados a la fuerza de sus leyes (mercantiles, divinas y científicas), gravita la gran política en todas sus formas (jefaturas, monarquías e imperios) que velarán por el correcto funcionamiento de la máquina.

En expresiones como «Alá es grande» o «Dios es todopoderoso» se descubre el fin último de la gestión espiritual del hombre. Buscando la abstracción y su correspondiente impulso de la jerarquía, los estamentos encargados de la misma han acumulado en Dios el espíritu perteneciente a cada animal (incluido el hombre), a cada planta y a cada piedra. Un drama en cuatro actos: animismo, politeísmo, monoteísmo y ateísmo (el espíritu en todas partes, el espíritu en varias partes, el espíritu en una sola parte y el espíritu en ninguna parte). El hombre es un ser matericespiritual y, por tanto, no se ve representado adecuadamente ni por una doctrina que prescindiera de la formulación del espíritu (materialismo puro) ni por una que considere el universo como mera ilusión mental (espiritualismo puro). Ambas son doctrinas inhumanas y así se entiende que lleven emparejadas desastrosas consecuencias sociales.

21. Cultura y verdad

La cultura es, según el Diccionario de la Real Academia, «el conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social». Y la razón de su existencia es que ayuda al hombre en la satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales. No al revés. Para la antropología oficial (que dictamina la imagen *correcta* que debemos tener de la cultura), ésta se desarrolla *per se*, como dotada de vida propia, y ha utilizado para su crecimiento el amplio campo de la Historia. Tal modo progresista de interpretar la cultura —obsérvese su equivalente astronómico en la teoría del Big Bang— apoya al sistema y se nutre de él en la medida en que lo justifica histórica y hasta biológicamente.

Sin embargo, cuando se estudia la Historia de las Ideas Humanas (más en general, la Historia de la Cultura), uno se da cuenta de que la verdad es cambiante. Lo que ayer era A, hoy es B y mañana, previsiblemente, será C. Si casi cualquier aserto puede tornarse verdadero dependiendo de los fenómenos que se observen, de cómo se interpreten y cómo se evalúen, llegamos a la conclusión de que los resultados aportados por la ciencia no son verdad (en un sentido estricto) sino convención: signo admitido por todos, constructo usado para entendernos y vivir en paz. Si cualquier científico, por poco honrado que sea, reconoce que su saber se sustenta, en último término, sobre teorías no demostradas; si percibimos, por tanto, que la Ciencia no es más que un gigantesco modelo mental colectivo que flota en un insondable mar de dudas, entonces podemos, con toda legitimidad, trabajar en la definición de nuestra propia verdad desligándonos de aquellos que han gestionado y gestionan la relación concreta de conocimiento entre nosotros y nuestro entorno. Un ejemplo sangrante de la pérdida personal

que conlleva la cesión de la habilidad científica, se encuentra en el olvido de las técnicas de la Medicina Ancestral. Nuestros abuelos sabían qué plantas usar para curarse de muchas enfermedades comunes. Nosotros ya no. La industria farmacéutica se interpuso entre nosotros y nuestro entorno.

22. A modo de resumen

Las ideas que tenemos de nosotros y de nuestro entorno condicionan nuestro modo de actuar en él. El hombre ya no es uno con el resto de los fenómenos naturales porque fue dividido en «cuerpo» y «alma». El resto del drama ha consistido en ahondar esa herida a través del secuestro y gestión de los actos concretos de los hombres. El diálogo entre hombre y medio no ha muerto (ello sería imposible) pero persiste en ser canalizado, ordenado y masificado por los servidores del *establishment* cultural, político y económico. Cada uno de estos grupos sociales forma la cabeza de los subsistemas que, sumados y multiplicados, dan lugar al sistema. Pero tal estructura dinámica no se sostiene por sí sola. Obtiene su energía del medio ambiente y de las personas. Y ello desde hace por lo menos cinco mil años. Nació en Sumer a mediados del IV milenio antes de Cristo y desde entonces se ha extendido como una mancha de aceite por todo el orbe: primero, a lo ancho (sobre la superficie del planeta); y luego, siguiendo la vertical (monarquía, plutocracia, democracia). Al tiempo que los monarcas perdían el control del sistema (transformándose en exiliados o figuras de prestigio), las clases burguesas se implicaban en los asuntos del poder. Más tarde, les llegaría el turno a los campesinos que, convertidos en obreros, lucharon por la democracia y por un bienestar económico que les permitiera consumir (fomentar el crecimiento del sistema) e invertir en bolsa (ser propietarios del mismo). En nuestros días, esa idea creciente y vertiginosa (esa vorágine) comienza a saturar también la dirección vertical: los individuos sufren una creciente presión, la de dar al sistema (producir) y la de tomar de él (consumir), situación que se produce también al otro lado de la escala: obtenemos del medio natural inmensas cantidades de recursos y le ofrecemos a cambio inmensas cantidades de basura.

Los espacios se colmatan y tanto el hombre como el entorno enferman. Subirá la temperatura del planeta, se deshelarán los casquetes polares, se alzarán los niveles marinos y se inundarán las mejores tierras. He aquí un hombre sin paraíso.

¿Qué podemos hacer nosotros, las personas comunes, ante esta terrible circunstancia? Podemos ignorar las enseñanzas de la Historia y seguir la senda trazada por la inconsciencia. Podemos buscar soluciones en la Técnica. Y por último, podemos cambiar de actitud, no radicalmente sino con cuidado: volver poco a poco a nuestro sitio, cada día, en cada acto, por separado o en grupos pequeños, con mucha humildad, durante generaciones enteras. Tenemos una responsabilidad como especie: no lo olvidemos. Reconozcamos que la división del individuo en «cuerpo» y «alma» nos descoordinó con el medio generando una barrera que ha crecido en anchura, con vaivenes, fórmulas alternativas, cambios de nombre y rostro, pero siempre igual en esencia: el poder, la vorágine, el sistema. Muchas personas lo han alentado y lo alientan con actos acordes a sus conciencias, condicionados por sus necesidades e inspirados por su genio. Pero es necesario saber que tal modo de vida conduce a la destrucción. ¿Deseamos seguir por este camino de desavenencia o emprender el de la reconciliación con nosotros mismos y nuestro entorno? Reunámonos interiormente, salvemos la frontera del alma y el cuerpo y vivamos en consecuencia. Nadie podrá tomar esta íntima decisión por nosotros pero nadie podrá impedir que la tomemos. He aquí la grandeza de lo diminuto.